

EL PRIMER ESCRITO DE ADOLF HITLER SOBRE LOS JUDÍOS

[Publicación original](#)

El peligro que representa la judeidad para nuestro pueblo se expresa hoy en la innegable aversión de amplios sectores de nuestro pueblo. La causa de esta aversión no se encuentra en un claro reconocimiento del efecto consciente o inconscientemente sistemático y pernicioso de los judíos como totalidad sobre nuestra nación. Más bien, surge principalmente del contacto personal y de la impresión personal, que el judío individual deja casi siempre desfavorable. Por esta razón, el antisemitismo se caracteriza con demasiada facilidad como un mero fenómeno emocional. Y, sin embargo, esto es incorrecto. El antisemitismo como movimiento político no puede ni debe definirse por impulsos emocionales, sino por el reconocimiento de los hechos.

Los hechos son éstos: En primer lugar, la judería es absolutamente una raza y no una asociación religiosa. Los judíos nunca se designan a sí mismos como judíos alemanes, judíos polacos o judíos estadounidenses, sino siempre como judíos alemanes, polacos o estadounidenses. Los judíos nunca han adoptado mucho más que el idioma de las naciones extranjeras entre las que viven. Un alemán que se ve obligado a utilizar el idioma francés en Francia, el italiano en Italia y el chino en China no se convierte por ello en francés, italiano o chino. Lo mismo ocurre con el judío que vive entre nosotros y se ve obligado a utilizar la lengua alemana. No por ello se convierte en alemán. Tampoco la fe mosaica, tan importante para la supervivencia de esta raza, resuelve la cuestión de si alguien es judío o no judío.

Apenas existe una raza cuyos miembros pertenezcan exclusivamente a una religión definida. A través de miles de años de la más estrecha endogamia, los judíos en general han mantenido su raza y sus peculiaridades mucho

más claramente que muchos de los pueblos entre los que han vivido. De ahí el hecho de que viva entre nosotros una raza extranjera, no alemana, que no desea ni puede sacrificar su carácter racial ni negar su sentimiento, pensamiento y esfuerzo.

Sin embargo, posee todos los derechos políticos que nosotros tenemos. Si el ethos de los judíos se revela en el ámbito puramente material, es aún más claro en su pensamiento y su lucha. Su danza en torno al becerro de oro se convierte en una lucha despiadada por todas aquellas posesiones que más valoramos en la tierra. El valor del individuo ya no se decide por su carácter o por la importancia de sus logros para la totalidad, sino exclusivamente por el tamaño de su fortuna, por su dinero. La grandeza de una nación ya no se mide por la suma de sus fuerzas morales y espirituales, sino por la riqueza de sus bienes materiales. Esta forma de pensar y luchar por el dinero y el poder, y los sentimientos que la acompañan, sirven a los propósitos del judío, que no tiene escrúpulos en la elección de los métodos y es despiadado en su empleo.

En los estados gobernados autocráticamente, clama por el favor de "Su Majestad" y abusa de él como una sanguijuela sujeta a las naciones. En las democracias, compite por el favor de las masas, se acobarda ante la «majestad del pueblo» y sólo reconoce la majestad del dinero. Destruye el carácter de los príncipes con la adulación bizantina, el orgullo nacional (la fuerza de un pueblo), con el ridículo y la cría desvergonzada a la depravación. Su método de batalla es esa opinión pública que nunca se expresa en la prensa pero que, sin embargo, es manejada y falsificada por ella. Su poder es el poder del dinero, que se multiplica en sus manos sin esfuerzo y sin fin a través del interés, y que obliga a los pueblos bajo el más peligroso de los yugos. Su brillo dorado, tan atractivo al principio, oculta las consecuencias finalmente trágicas.

Todo lo que los hombres persiguen como meta superior, ya sea la religión, el socialismo, la democracia, es para el judío sólo un medio para alcanzar un fin, la forma de satisfacer su ansia de oro y dominación. En sus efectos y

consecuencias, es como una tuberculosis racial de las naciones. La deducción de todo esto es la siguiente: un antisemitismo basado en motivos puramente emocionales encontrará su máxima expresión en la forma del pogromo[1].

El antisemitismo basado en la razón, sin embargo, debe conducir a la lucha legal sistemática y a la eliminación de los privilegios de los judíos que distingue a los judíos de los demás extranjeros que viven entre nosotros [una Ley de Extranjería].

El objetivo último [de dicha legislación] debe ser, sin embargo, la eliminación irrevocable de los judíos en general. Para ambos fines es necesario un gobierno de fuerza nacional, no de debilidad nacional. La República en Alemania no debe su nacimiento a la voluntad nacional uniforme de nuestro pueblo, sino a la astuta explotación de una serie de circunstancias que encontraron expresión general en un descontento profundo y universal. Sin embargo, estas circunstancias eran independientes de la forma del Estado y siguen operando hoy en día, de hecho, ahora más que antes. Así pues, una gran parte de nuestro pueblo reconoce que un cambio en la forma del Estado no puede por sí mismo cambiar nuestra situación.

Para ello, será necesario un renacimiento de las fuerzas morales y espirituales de la nación. Este renacimiento no puede ser iniciado por una dirección estatal de mayorías irresponsables, influenciada por ciertos dogmas de partido, una prensa irresponsable o frases y consignas internacionalistas. [Requiere] en cambio la instalación implacable de personalidades dirigentes con mentalidad nacional y sentido interno de la responsabilidad.

Sin embargo, estos hechos niegan a la República el esencial apoyo interior de las fuerzas espirituales de la nación. Así, los actuales dirigentes del Estado se ven obligados a buscar apoyo entre aquellos que extraen los

beneficios exclusivos de la nueva formación de las condiciones alemanas, y que por esta razón fueron los impulsores de la revolución: los judíos.

A pesar de que (como revelan diversas declaraciones de las personalidades más destacadas) los dirigentes actuales eran plenamente conscientes del peligro que representaba la judería, (buscando su propio beneficio) aceptaron el apoyo de los judíos, que les fue fácilmente ofrecido, y también les devolvieron el favor.

Esta retribución consistió no sólo en todos los favores posibles a los judíos, sino sobre todo en la obstaculización de la lucha del pueblo traicionado contra sus defraudadores, es decir, en la represión del movimiento antisemita.

- Respetuosamente, Adolf Hitler